

# NATURA

REVISTA QUINCENAL  
DE  
CIENCIA, SOCIOLOGÍA  
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º.—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

Anselmo Lorenzo

## Ciencia burguesa y Ciencia obrera

Por tercera vez intervengo en la formación de un Centro de Estudios Sociales.

La primera fué en las conferencias de Estudios Sociales, instituidas en el Centro obrero «La Regeneración», instalado en la calle de San Olegario de Barcelona, para cuya inauguración escribí el discurso que se inserta á continuación y cuyo título sirve de epígrafe, publicado en *Acracia*, octubre de 1887.

La segunda, que no llegó á inaugurarse á causa de la tremenda persecución que sufrió el ideal anarquista durante el último decenio del siglo anterior, la menciono únicamente como hermoso recuerdo del esplendor del movimiento proletario barcelonés, que llegó á aterrorizar á la burguesía hasta el punto de sugerir á los gobernantes la perpetración de un gran crimen, en cuya justificación se declaró que era preciso cerrar los ojos á la razón.

Solicitado para contribuir al acto de inauguración del nuevo Centro de Estudios Sociales de Barcelona en 1.º de junio corriente, y deseando darle todo el esplendor posible, no he hallado cosa mejor que reproducir aquel discurso, hoy documento histórico, que mantengo en toda su integridad, como si acabara de

escribirle. Cámbiense algunos nombres y fechas y despójese la palabra *socialismo* del significado que le da hoy el adormiderismo, y resulta el escrito de perfecta actualidad.

No he progresado, pero tampoco he retrocedido: en ese escrito está, pues, si no la verdad (¡quién es infalible!), mi verdad; y, valga lo que valiere, me complazco en reconocer que mi convicción tiene un largo período de existencia durante el cual han ocurrido acontecimientos que me afectaron profundamente, sin que mi juicio, abierto á todas las novedades emancipadoras á mi alcance y adaptándose cuanto reconoce como racional y bueno, haya tenido que quitar ni poner una tilde.

Se halla el escrito en concordancia con el espíritu de aquella minoría anarquista puritana que animó la Federación Regional Española de Trabajadores, y que disolvió aquella potente Federación en el Congreso de Valencia de 1888 para que nadie pudiera sospechar que tomaba fuerzas prestadas del societarismo utilitario. Minoría que, exparcida por el mundo por la torpeza autoritaria, sin dejar exenta á Barcelona de su influjo salvador, llevó la luz del ideal á ambas Américas, á Inglaterra, á Francia, á



Suiza, á Italia, á Bélgica, á Holanda y hasta Australia, países donde repercute el eco de *El Productor, Acracia y Ciencia Social*.



«El Consejo Local de Barcelona de la Federación de Trabajadores de la Región Española, ha tomado una importantísima resolución, y en su nombre vengo á anunciároslo. Ha acordado la creación de Conferencias de Estudios Sociales, donde todos los federados puedan venir á exponer sus ideas, sus esperanzas, sus dudas y sus conocimientos sociológicos para resolverlos por medio de la discusión razonada y de la controversia fraternal en afirmaciones demostradas, y conseguir la formación de la ciencia obrera, cimiento indestructible del edificio de la sociedad del porvenir, en la que la emancipación que tanto ambicionamos, será un hecho; la justicia y la economía en inseparable concurso, regularán todas las relaciones sociales, y la felicidad individual y colectiva iluminarán las generaciones que tengan la inefable dicha de vivir sobre nuestros consumidos restos.

»He dicho la ciencia obrera, y he de explicar esta frase, con el fin de demostraros que la generalización que entraña la palabra *ciencia* no se destruye por la particularización inherente al calificativo obrero.

»La ciencia es la verdad conocida.

»Parece natural que cuantos sean aptos para conocer pueden constituir las unidades componentes del gran todo científico, y poseyendo esa aptitud el género humano, la ciencia debiera ser humana. Esto indica la razón, esto exige la lógica; pero contra la razón y la lógica está el privilegio, que desde la infancia de la humanidad hasta nuestros días recluyó la ciencia en el templo, en el convento, ó la universidad, reservándose

á los favorecidos la explicación de los fenómenos naturales, el conocimiento de la historia, el análisis de las fuerzas físicas, para dar á los desheredados mitos para atrofiar su inteligencia, leyes para rebajar su dignidad, falsa moral y supersticiones para embrutecerlos. Sirvió la ciencia á los privilegiados para hacer trabajar al pobre y arrancarle después el fruto de su trabajo. Por el monopolio de la ciencia llegaron la *Religión y el Estado* á convertirse en máquinas de gran poder absorbente para extraer el jugo de la vida de los trabajadores, y la acumulación de tantos productos, resultado de tan enorme expoliación, creó la *Propiedad*.

»Hay, pues, ciencia privilegiada, y si se tiene en cuenta que el privilegio actual se halla vinculado en la burguesía, bien puede decirse que hay *ciencia burguesa*.

»El privilegio procuró casi siempre la ciencia para sí, y la ignorancia para su víctima, exceptuando únicamente el caso de aquellos nobles de la Edad Media que hacían gala de no saber leer ni escribir, y aun éstos vivían descansados sobre los conocimientos de la teocracia.

»En su consecuencia, la ciencia que adquieran los que no tratan de explotar á nadie y sólo pretenden librarse de la explotación, será la verdadera ciencia, la ciencia igualitaria y justiciera: ese honor corresponde á la *ciencia obrera*, y si este calificativo parece poco adecuado, en virtud del estado de ignorancia en que se ha pretendido sumir eternamente á los trabajadores, y también porque denomina una de las actuales clases sociales, tiene en su apoyo la constitución como cuerpo revolucionario pensante y militante del proletariado, y la seguridad que la sociedad ultrarevolucionaria dará la ciencia desde la primera edad á todos los miembros sociales, que para tener el derecho de tales, han de ser todos productores.



»Proclamamos, pues, la ciencia obrera; de la ciencia burguesa tomaremos la verdad y desecharemos los sofismas que sirven de base al privilegio, y con criterio despreocupado iremos agrupando conocimientos que sirvan para beneficiar á todos los hombres y para impedir que infames mixtificaciones puedan privarnos de nuestros derechos naturales y arrebatarlos el fruto de nuestro trabajo.

»No son las consideraciones expuestas las únicas que abonan la ciencia obrera.

»Lleva en sí la ciencia burguesa elementos que la contradicen y que neutralizan sus efectos: aprenden los burgueses en establecimientos donde se dá una enseñanza supeditada al dogma religioso y á los errores económicos dominantes, que si no han llegado á constituir dogma poco les falta. Por el dogma religioso aprenden los burgueses las ciencias exactas supeditadas al Génesis, y mientras la geología por el estudio de las capas terrestres, señala miles de siglos á nuestro globo, la universidad ha de contentarse con los 6,000 años del P. Patevó; la antropología y la etnología contienen abundante caudal de verdades demostradas respecto á los antecedentes de nuestra especie y de la formación de las diversas razas humanas, que pueblan la superficie de la tierra, y los doctores de nuestra burguesía han de enseñar la leyenda de Adán y Eva y explicar las razas por la dispersión acaecida después del fracaso de la torre de Babel. En economía se enseña, conforme lo que en la sociedad inícuamente se practica, que el dinero, valor ficticio que representa el trabajo, puede obtener un premio que se acumula al capital aumentando incesantemente capital y réditos, con que los poseedores pueden adquirir en propiedad personal y absoluta porciones de suelo, palacios para su propia habitación, casas como jaulas para que mediante rentas exorbitantes las habiten los no propietarios, fábricas é instrumen-

tos de trabajo que por medio de mezquinos salarios les hagan funcionar hombres alquilados para ese fin; mientras que los trabajadores, los productores del verdadero valor, se les despoja del fruto de su trabajo, y se les da en cambio un jornal, medio de subsistencia que se da al hombre libre, equivalente á la miserable pitanza que el amo de carne humana daba al esclavo, para que viviera y mantuviera incólume el valor de la humana mercancía.

»Eso aprenden los burgueses, y á eso llaman ciencia. Comprenden también los programas de enseñanza burguesa, la teología, llamada ciencia de Dios, la legislación, ciencia del derecho, y la filosofía, pretendida investigación de la verdad absoluta; pero ni la teología, ni la legislación, ni la filosofía, son ciencias; por que carecen de base de observación; para servirme de una frase gráfica comprensible entre trabajadores, diré que les falta material de trabajo y plan de construcción.

»Dios, como principio, es una hipótesis empleada por la ignorancia de los primeros tiempos para explicarse la existencia del universo, y partiendo de la falsa creencia de la maldad ingénita en el hombre, sirve también de base á la moral. Como fin, Dios es una justicia para suplir la incapacidad para el bien atribuida á los hombres; al malo el castigo eterno; al bueno la recompensa imperecedera. Pero si Dios está fuera del alcance de nuestros sentidos, de nuestros medios de investigación, si á Dios, no se le ve, no se le oye, no se le huele, no se le toca y no se le gusta, no hay Dios para la ciencia, no hay Dios para la verdad, no hay Dios para los trabajadores, y mucho menos lo habrá si se tiene en cuenta que, según la misma teología, Dios es incomprensible para el hombre. Dejemos, pues, la teología con sus interminables folios, sus lenguas muertas, su religión, sus milagros y sus dogmas;



los trabajadores no podemos tener con ella más relación que la del odio, ya que ella nos manda el sufrimiento, el abandono de los bienes terrenos y nos entrega como sumisas víctimas al sacrificio.

»La ley, con respecto al hecho, es la imposición del fuerte contra el débil, y con respecto al tiempo, es la negación del progreso. Lo que conviene al conquistador, los intereses del estadista, las preocupaciones del legislador se consiguan en la ley; los sumisos, vasallos ó ciudadanos, se ven obligados á obedecerlo por el poder coercitivo de la máquina gubernamental de los Estados, y si el curso de los conocimientos humanos demuestra que aquello es injusto, se replica «es legal»; y la injusticia tiene fuerza ejecutiva; y la justicia, si alcanza energía para tratar de llegar á vías de hecho, queda confinada en una cárcel ó en un presidio. Cuerpo de derecho se llama á la compilación de leyes efectuada en el curso de la historia, pero una doctrina que santificó siempre el privilegio dominante, que consumó tan infinito número de injusticias, que no ha dejado nunca de defender los intereses inícuamente creados, no es ciencia, no, es verdad y no obliga moralmente á nadie, y por eso la ley se ha apoyado siempre en la fuerza pública.

»La filosofía persigue el absurdo de encerrar en los estrechos límites de un sistema lo infinito, lo absoluto. El origen del universo, las condiciones de vida de todo lo que existe y el objeto final de la creación se abarca con tremenda osadía por los sistematizadores filósofos sin caer en la cuenta que parten de un principio falso y plantean mal el método de sus investigaciones; sin datos no se despeja jamás una incógnita, y para conocer lo que podría ser el tiempo y el espacio antes de la existencia de la materia no suministra la razón más que un dato negativo, que consiste en la afirmación

racional de que la nada, nada produce y que la existencia de algo supone la pre-existencia de algo. No obstante, los filósofos, á semejanza de los teólogos, han partido siempre del supuesto de una fuerza creadora sobrenatural y de una inteligencia ordenadora que impulsara lo creado á un objeto final, con lo cual llevaban su inteligencia á lo eterno, á lo infinito, á lo absoluto anterior y posterior á lo que no tiene según ellos mismos, principio ni fin. En tal situación la filosofía no es ciencia, y sus trabajos, todo lo más, puede considerárseles como auxiliares de la ciencia; pero, entiéndase bien, como auxiliares involuntarios é inconscientes; por que han amontonado materiales para ensanchar la esfera de sus conocimientos, del mismo modo que los alquimistas de la Edad Media buscando la piedra filosofal sirvieron para dar cimiento á la química moderna. Por otra parte, producto de la fantasía hay tantos sistemas filosóficos como inteligencias de primera magnitud se han dedicado á forjarlos; los filósofos de menos pretensiones se constituyen en sectarios, no sin introducir alguna innovación en el sistema, lo que dá por resultado la existencia de tantos sistemas como filósofos. De ninguno resulta la evidencia, señal cierta de la falsedad de todos.

»La ciencia es la verdad conocida, he dicho antes; ahora la definiré más categóricamente: La ciencia es el análisis de la materia y el estudio de sus relaciones morales y materiales. Esto enseña el positivismo moderno: esto han aprendido los trabajadores al salir de las sombras de la sumisión y de la ignorancia para entrar en la vida de la Revolución; y como poseen inteligencia virgen y conciencia limpia, no tienen sofismas de escuela que les impida aceptar las verdades científicas, ni intereses despreciables que con su peso les imposibilite elevar su vuelo á los extensos espacios donde ha de desarrollarse la inteligencia, la



voluntad, la fantasía, el sentimiento y la actividad ingénita de nuestra especie.

»Compte, Marx, Bakounin, la Internacional, la Commune de París, son nombres y sucesos gloriosos que constituyen el génesis de la redención de los trabajadores.

»El positivismo y el socialismo son hermanos gemelos; el uno es la revolución en el mundo de la idea, el otro es la revolución en el mundo de los hechos; ambos se completan, del mismo modo que en el hombre sano y bien conformado se aunan la inteligencia poderosa y la voluntad enérgica.

»Por eso los trabajadores positivistas socialistas rechazan la doctrina con que los privilegiados han querido sustentar el dogma y la fe, la ley y la obediencia, la propiedad y la miseria, para sobre sus ruinas levantar la ciencia y la razón, el contrato y la reciprocidad, la posesión del patrimonio universal y la felicidad inherente á la práctica universal del bien.

»Una declaración importante he de hacer, ó, si se quiere, he de soltar una prenda; recójala quien quiera: al hablar de la ciencia obrera, partiendo del valor que ésta tenga ó pueda tener, no quiero supeditarla al grado de instrucción que individualmente tengan ó puedan tener los trabajadores. Las condiciones especiales en que la sociedad nos coloca, nos obliga á seguir un método opuesto al más conveniente y racional, ya que no es posible que seres organizados, para pensar, sentir y querer, queden imposibilitados de ejercer tan nobles funciones, por mucho empeño que haya en imposibilitarlas. No damos, pues, á nuestros estudios el carácter de instrucción primaria, por más que esto pueda extrañar á muchos. No es que desdeñemos estos conocimientos, los estimamos en mucho y en mayor ó menor extensión los poseemos, y á los que de ellos carecen les excitamos á que los adquieran. Nuestros

actos revelan que esos conocimientos los poseemos, por que sin ellos no podríamos tener una organización que se sustenta por una activa correspondencia y la buena y ordenada administración, y además hemos podido contender con la burguesía en sus mismos centros, en reuniones públicas, en la prensa y donde quiera que ha sido necesario presentar hombres en defensa de nuestra idea no han faltado ilustrados trabajadores que han cumplido dignamente con su deber; pero lo declaro muy alto, no queremos en la edad viril ocupar sistemáticamente nuestra inteligencia en estudios propios de la infancia, no queremos que nadie entienda que el adulto á quien la sociedad negó en tiempo oportuno los beneficios de la instrucción ha de pasar en las aulas horas destinadas al descanso, como en castigo de una ignorancia de que no es responsable, y sobretudo rechazamos la idea por la burguesía y aun por dudosos revolucionarios manifestada de que los trabajadores han de aplazar sus aspiraciones revolucionarias hasta haber alcanzado cierto grado de instrucción: los burgueses para explotarnos no nos piden un certificado del maestro de escuela ni un diploma de bachiller, sino que dicen:—¿tienes fuerza é inteligencia para producir en mi industria? toma una herramienta ó ponte en esa máquina, trabaja; los gobiernos nos imponen leyes, y sea cualquiera nuestra ilustración, nos exigen responsabilidad, nos obligan á cumplirlas. Si el derecho á las reivindicaciones sociales hubiese de ser posterior á la completa ilustración de los trabajadores sería como resignarse el proletariado á vivir perpétuamente en la servidumbre, por que la burguesía, por acaparamiento y por sistema explotador, imposibilita la instrucción obrera; ved los trabajadores de la agricultura, reducidos á meros instrumentos de trabajo; llevan una vida vegetativa; imposibilitados de toda instrucción, es



imposible que adquieran conocimientos que en absoluto se les niega. Los trabajadores de la industria parece se hallan en distinto caso, y no obstante, por la aplicación de la mecánica se reduce el obrero á una situación insostenible y el progreso de la instrucción se dificulta cada vez más. Por ese camino la explotación se eterniza, la Revolución Social es imposible.

»Dos tendencias se han manifestado respecto este punto: una que quiere adornar al individuo de ciertos conocimientos particulares; otra que quiere elevar al individuo y á la colectividad á la consideración de los asuntos que á la humanidad entera interesan: de la primera salen obreros aptos para ingresar en la burguesía mediante un poco de protección que no siempre se obtiene sin menoscabo de la dignidad ó de la

honra, ó se forman capataces y mayor-domos que tiranizan á sus compañeros en nombre de los intereses del amo: de la segunda salen trabajadores para ingresar en las falanges revolucionarias que tienen á su cargo la solución de los grandes problemas sociales.

»A esta última clase pertenecemos, en este sentido ha planteado el Consejo Local las Conferencias de Estudios Sociales, por este medio quiere contribuir á aumentar el caudal de la ciencia obrera; para esto pide vuestro concurso como el de todos los trabajadores que forman la Federación Regional; no se lo neguéis, contribuid todos á los trabajos iniciados hoy y que empezarán á desarrollarse el martes próximo y sucesivos, y tened la seguridad que por este medio prestaréis un servicio importantísimo á la Revolución Social.»

**Ricardo Mella**

## El socialismo anarquista

### Prolegómenos

(Conclusión.)

No es necesaria al desenvolvimiento de las facultades del hombre la metafísica. Es, por el contrario, fuerte obstáculo. Cuando el cerebro se llena de las vaguedades de lo desconocido, pierde la verdadera noción de la realidad. Las quintas esencias de lo absoluto son la antesala de la demencia. Los individuos de constitución excepcional que resisten la tendencia patológica de ciertas investigaciones, hacen muy grandes obras de gimnasia intelectual, pero nada de provecho, nada efectivo y útil para sí y para sus semejantes.

De los prolijos estudios de la metafísica y de la teología no se ha podido deducir jamás resultados universales y mucho menos prácticos: las conclusiones de la

ciencia actual son contrarias á la pretendida utilidad de tales estudios.

Para el desenvolvimiento de nuestras facultades, especialmente las intelectuales, requiérese estudio serio y continuo de la naturaleza, análisis minucioso de los hechos y de las cosas. En lugar de correr tras las fantasías del noumenos, tras la ilusoria penetración de la íntima naturaleza de los seres vivientes, es necesario educar el cerebro en la inquisición de los fenómenos, en el examen de todas las manifestaciones reales de la vida, comenzando por los más pequeños é insignificantes sucesos para concluir por las amplísimas series de causas y efectos que explican el general funcionamiento del Universo. Las ciencias natu-



rales hacen grandes progresos por medio de este método. La economía, la sociología, la filosofía propiamente dicha, avanzarán resueltamente el día en que á este método se plieguen, purgándose de toda tendencia trascendente.

A este fin propende con fuerza el socialismo anarquista y por ello afirma en primer término la necesidad de que todos los hombres puedan desenvolverse ampliamente, estudiando á este objeto nuevos métodos de convivencia social.

Sus principios fundamentales son, en resumen, los siguientes:

1.º Todos los hombres tienen necesidad de desarrollo físico y mental en grado y forma indeterminada;

2.º Todos los hombres tienen el derecho de satisfacer libremente esta necesidad de desarrollo;

3.º Todos los hombres pueden satisfacerla por medio de la cooperación ó comunidad voluntaria.

Razonemos brevemente.

Cada individuo nace con determinadas condiciones de desarrollo, sean ó no susceptibles de determinación. Por el hecho de nacer, y de nacer con aquellas condiciones, tiene necesidad, ó en terminos políticos, tiene el derecho de desenvolverse libremente. Cualesquiera que sean las condiciones en que se coloque, su organismo entero propenderá á expansionarse en todas direcciones. Querrá conocer, saber, ejercitarse, gozar; querrá sentir, pensar y obrar con entera libertad. La necesidad de todas estas cosas es su propio sér. Si se limitara su crecimiento físico por medios cualesquiera, todo el mundo calificaría este hecho de verdadera monstruosidad. Si se limita su desenvolvimiento sensitivo, intelectual ó moral, deberá en buena lógica decirse otro tanto. No ocurre así en nuestros días. Mas, no obstante, el principio es evidente pues de cualquier manera que se constriña la expansividad del organismo humano, monstruosidad

se comete. El hombre, todos los hombres tienen necesidad, por naturaleza, de desarrollo físico y mental; tienen socialmente derecho á este desarrollo.

¿Cómo traducir á la práctica este principio?

La tradición nos ha legado sus reglamentos, impuestos primero por la voluntad del príncipe, remachados después por el derecho divino de los parlamentos mediante el escamoteo de la soberanía individual.

Algunos hombres han querido y quieren todavía que cada uno se mueva al compás impuesto, piense con arreglo al metro de arbitrarias legislaciones, sienta al diapasón de la música gubernativa y obre con arreglo al patrón único de la sapiencia oficial. De hecho lo que querían y quieren es que la multitud no sienta, ni piense, ni obre nunca por su propia cuenta y por su propia voluntad. La teoría se han inventado para los inferiores, para los que nacen y viven y mueren en la dependencia de la astucia política y de la expoliación económica.

Nadie ha probado la necesidad ni la justicia de esta subordinación de la naturaleza á los caprichosos reglamentos de algunos hombres, ni más ni menos hombres que el resto de los humanos. Tanto valdría probar la necesidad de que los astros se movieran á nuestro antojo ó de que la sangre circulase por las arterias según un plan particular nuestro.

Todo en el universo se desenvuelve conforme á condiciones particulares suyas en conexión con otras condiciones de ambiente y relación. El hombre no es más ni es menos que un elemento del universo con sus condiciones de relación y ambiente. Estas condiciones son objeto de estudio para la ciencia; sería absurdo, aun conocidas, codificarlas; demencia, codificarlas sin conocerlas.

Toda contradicción á las llamadas le-



yes de la naturaleza lleva consigo el correctivo adecuado. Quien abusa de su fuerza física, quien se excede en el gasto de sus energías, halla el correctivo en el aniquilamiento de su organismo, en la anemia y en la tisis. Quien no administra bien su fuerza cerebral, paga con la impotencia el derroche de su fuerza. Supérfluos son todos los reglamentos que sancionan estos principios. Dañosas todas las leyes de los hombres que á ellos no se conformen.

Dentro, pues, de las autonómicas condiciones de cada existencia individual, el hombre, todos los hombres son libres de satisfacer sus necesidades de desenvolvimiento.

¿Supone esta afirmación que el hombre puede por sí mismo subvenir á todas aquellas necesidades?

Dé ningún modo. No es menester que hagamos excursión alguna por los dominios de la historia y de la sociología para probar que de la impotencia del individuo aislado ha surgido la comunidad de los hombres, ha brotado lo que se llama sociedad. Aun cuando la existencia individual es posible fuera de la comunidad, no es cuestionable la ventaja de ésta por lo que ensancha la esfera de acción de aquél y por los beneficios que le reporta.

Por eso cuando decimos que todos los hombres pueden satisfacer libremente la necesidad de integral desenvolvimiento, agregamos la petición de principio: «por medio de la cooperación ó comunidad voluntaria.»

La cooperación forzosa es el medio de convivencia social practicado casi universalmente. Bajo distintos nombres, se ha considerado y se considera necesaria la esclavitud de la mayoría de los hombres para la producción de las cosas indispensables á la vida. Poco importa la proclamación de la libertad del trabajo, porque con el nombre de proletario, el esclavo perdura. El que carece de

propiedad en nuestras sociedades individualistas, vive obligado á someter su libertad y su fuerza productora al que mejor le pague. El salario es el precio de la servidumbre. Se contrata actualmente en el mercado público al jornalero poco más ó menos como se contrataba antes al esclavo. Si la demanda sobrepaja á la oferta, el obrero puede hacerse pagar regularmente el alquiler de la fuerza. Si la demanda es inferior á la oferta, el precio del alquiler baja y queda á unos cuantos la libertad de despedazarse en la disputa por el apetecido mendrugo. Los más deben resignarse á perecer de hambre. Tal es el resultado efectivo de las conquistas democráticas.

No preguntaremos á los hombres de ideas radicales por qué contradicen en la práctica lo que teóricamente afirman. La inflexible lógica del individualismo imperante es más fuerte que todas las filosofías fraternitarias.

Pero es necesario evidenciar continuamente por qué los más hermosos principios resultan en la vida ordinaria impracticables.

Se ha afirmado la libertad como una cosa legible, como una bella fórmula perdida entre la hojarasca ampulosa de la literatura política. Se ha afirmado la igualdad como una ecuación impuesta á la realidad por la sola virtud del rigorismo de sus términos.

Se ha afirmado la fraternidad como la mística aparición de sentimientos novísimos cuya propiedad inmaculada consistía en limar, por arte de magia, todas las asperezas de la vida común. Y no se ha tenido la resolución de llegar hasta el fondo verdadero de estos principios, no se ha tenido el valor de traducirlos en hechos. La humanidad se contentó con las palabras y se pasa sin su bello contenido.

La propiedad y el gobierno, el antagonismo de intereses y la desigualdad de condiciones, todo subsiste á través de



tremendas sacudidas revolucionarias y anula las afirmaciones de la democracia. Es menester llegar al socialismo para percatarse de que la libertad es un mito sin la cooperación voluntaria entre los hombres; que la igualdad es un contradictorio sin la destrucción de la propiedad individual: que la fraternidad es imposible sin la desaparición previa de cuanto en la lucha cotidiana pone á unos hombres enfrente de los otros. Es menester llegar al anarquismo para advertir cuán radicalmente cualquier sistema de gobierno de unos hombres por otros, imposibilita toda solución de igualdad y de libertad y cierra el paso al porvenir.

La libertad efectiva de sentir, pensar y obrar en sociedad con entera independencia, no es traducible prácticamente más que por la facultad común á todos los hombres de poder cooperar según su voluntad á los fines que puedan ó quieran proponerse. Esta facultad supone necesariamente la igualdad de medios, cuya expresión completa es la comunidad de todas las cosas, formulada, metodizada según las opiniones, las tendencias y las necesidades de los asociados. La fraternidad solamente puede producirse á medio de la identidad de los intereses.

Dejad al hombre en libertad de asociarse y cooperar voluntariamente á todos los fines de la vida; hacedle posible la adopción de los medios indispensables á la realización de aquellos fines, y el hombre, todos los hombres, podrán dedicarse y se dedicarán de hecho á la pro-

ducción de cuanto sea necesario á su integral desarrollo.

El método de la cooperación forzosa ha hecho que la mayor parte de los humanos se vea constreñida á trabajar bestialmente para que unos cuantos puedan permitirse el lujo de rebasar los términos de todo desarrollo necesario. El método de la cooperación voluntaria hará que todos los hombres se consagren espontánea y solidariamente á la producción racional de cuanto sea indispensable á la existencia. La naturaleza, que puso al lado de las necesidades la fuerza productora, obrará por mil organizaciones coercitivas y empujará al trabajo, al ejercicio útil de la fuerza, mejor que cualquier género de coacción organizada.

Lleguemos hasta el fin ó será preciso borrar del programa de las aspiraciones humanas las palabras que tantas veces han llevado á los hombres de generosos sentimientos al sacrificio de su existencia en beneficio de sus semejantes y en holocausto á sus anhelos de justicia.

Si, pues, en conclusión no damos esquemas del porvenir, establecemos en cambio los principios fundamentales de una nueva práctica, libre á todas las iniciativas y á todas las experiencias, cuya resultante será el producto del estado de desenvolvimiento de los hombres en cada momento de tiempo y en cada lugar de espacio. Proclamamos para el presente y para el porvenir el imperativo de la libertad. Reglamentarlo sería negarlo.

**E. de Roberty**

## Los selectos y el vulgo

(Conclusión.)

No hay duda que las condiciones de la vida de los pueblos se modifican y se transforman; pero en la ignorancia en que nos hallamos en materia sociológica

estamos sin cesar expuestos á equivocarnos dolorosamente sobre el sentido ó la dirección de semejantes cambios. Puede parecernos, por ejemplo, que marchamos



hacia el reinado de las masas, de las mayorías compactas, de las multitudes democráticas; pero, ¿se trata de una fuerza nueva, de una dirección convertida de golpe en independiente y libre, ó se trata tan solo de la sombra de la apariencia, del fantasma de dicha fuerza? Debajo de la envoltura exterior que ha variado, ¿no permanece intacto el núcleo íntimo? Por mi parte lo creo de buen grado. A través de las edades el pueblo ha conservado, sin aumentarlo de un modo sensible, el poder formidable y misterioso que ya le pertenecía en las épocas en que la influencia del número pasaba á los ojos de todos por igual á cero. El mayor absolutismo, las aristocracias más poderosas se inclinaron ante este dueño anónimo. Los déspotas de una y los déspotas de mil cabezas halagaban á cual mejor los instintos viles y los gustos de la multitud. Este acuerdo, esta armonía secreta, formaba su principal *instrumentum regni*. Y ahora que la masa ha logrado, por fin, revestirse de los signos exteriores de la autoridad soberana, su poder, con relación al de las minorías ó de los individuos, parece, lo repito, que ha quedado estacionado. ¿Cómo y por qué habría aumentado, si todo lo que las mayorías ganaban en saber en poderío estaba virtualmente perdido desde el momento que se dejaban adelantar por las minorías? Hoy, como antes, cuando la multitud sacude su modorra es para seguir docilmente á las mediocridades que le gustan y la encantan porque danle ocasión de manifestar sus propias cualidades inferiores.

A menudo se ha sostenido la tesis de que, con mucho dinero, habilidad, comprando los periódicos y envenenando las fuentes de la opinión, unos cuantos individuos podían convertirse, en nuestra época, en dueños absolutos, en conductores y responsables de los rebaños democráticos. Los ejemplos en apoyo no

han faltado: se cita la prensa «amarilla» de América, cuyas hazañas han permitido decir (tan injustamente) que el alma de los dollars gastados en ciertas «campanas» se ha convertido en alma del pueblo americano; los hechos de la prensa militarista y antisemita en Francia (donde el alma de los instigadores de la odiosa labor trabajo tendría si quisiera substituirse al alma leal de la nación), etcétera, etcétera. Y nada de esto pasa. El pueblo ha conservado su antiguo poder allí donde el filósofo-ironista verá tan sólo dos dueñas impotentes: la de distinguir sus más grandes y duraderos intereses y la de escoger, para poder alcanzar el bienestar soñado, el camino más directo y más corto. La multitud ha conservado su ignorancia sociológica y continúa dando libre curso á sus instintos, y no obstante, comparadas con las tendencias de la *élite* cuyo saber es más grande (salvo ¡ay! tal vez, el saber sociológico propiamente dicho), las inclinaciones de la multitud son viles y miserables.

A la multitud le gusta elevar mediocridades (1). Pero sería tonto pretender que este juego sea nuevo ó que solamente ahora comienza el reinado de las mediocridades. Los cambios que ha efectuado la mentalidad de las masas son, á veces mucho más aparentes que reales. Bambolean creencias, se desvanecen prestigios, desaparecen prejuicios; pero enseguida quedan reemplazadas por otras creencias poco fundadas en la razón, por otros prestigios igualmente vanos, por otros prejuicios asimismo absurdos. No se dirige verdaderamente á las multitudes sino por medio de las ideas y de los sentimientos, de las admiraciones y repugnancias que las mismas muchedumbres vulgares llevan en si mismas. En este sentido el pueblo ha sido

(1) Véase el bello libro de Pablo Adam, *El triunfo de las mediocridades*, París, 1898, Paul Ollendorff, editor.



siempre su propio dueño, y se impone al jurista moderno una nueva definición de las leyes promulgadas por el legislador. Estas leyes son las relaciones necesarias que derivan, no de la naturaleza de las cosas, como escribía Montesquieu, sino de las ideas, tan pronto aproximadamente justas, como tan pronto vergonzosamente falsas, que las masas profundas del pueblo tienen de la naturaleza de las cosas.

La lejanía rodea con un nimbo de poesía los siglos pasados y el férreo yugo de los reyes, de los sacerdotes, de los guerreros y de los nobles, estos mediocres del pasado, estos bajo-fondos de la *élite* desaparecida, parece hoy á los olvidadizos de la historia más ligero, más soportable que el dominio de los banqueros, de los acaparadores, de los explotadores de toda clase y de sus celosos dependientes en la prensa y en los Gobiernos. El pueblo, se dice, podía antiguamente derribar sus reyes y blasfemar de sus dioses, pero nada puede ya desde que es presa del dinero y de la prensa, «poderes colectivos, anónimos, irresponsables, inatacables, creados por la fuerza de las cosas». El error es grande. El poder de los dioses, de los reyes y de los sacerdotes era también colectivo, anónimo (hasta la heredad desconocida y futura), irresponsable, inatacable, y debido á esta fuerza de las cosas que ayer, como hoy, era y es la fuerza de las ideas y de los sentimientos de la masa, el alma instintiva de las muchedumbres que no se deja fácilmente decantar; la opinión de las masas no se crea de sopetón; el pueblo se complace en las mentiras que convienen á su inercia cerebral, que halagan su pereza para aprender. Así el mejor elogio que se puede hacer de las doctrinas socialistas y anarquistas es comprobar la lentitud, las mil dificultades que encuentran para difundirse en los ambientes populares.

De otra parte, la *élite* ha conservado igualmente su antiguo poder. No lo ha aumentado de un modo notable, pero tampoco lo ha visto disminuir.

Además, esto que llaman *élite* se compone de varias capas. Los talentos mediocres forman su ancha base. Estos se ponen inmediatamente en contacto con el alma indolente de las muchedumbres á la que protegen y defienden contra las empresas cada vez más atrevidas de las minorías que constituyen el resto del grupo social. Son el escudo entre la «costumbre vieja» y la «novedad» que trata de abrirse paso. Son capaces de proponer la Francia para los franceses, la Rusia para los rusos, la Alemania para los alemanes, y el imperio del mundo al que ose emprender su conquista, pero jamás les vendrá á la mente proponer á los hombres la razón pura ó la ciencia. Reconocidas las multitudes á tantas consideraciones prodigadas por los mediocres á su pereza y á su reposo, les consagrará dueños, jefes, reyes, consejeros y guías. Y bajo cierto punto de vista las multitudes no dejan de tener razón, pues jamás sus opiniones y sus pasiones fueron tanto y tan bien expresadas y avaloradas como por los talentos mediocres. Estos fueron, continúan y seguirán siendo el servilismo hecho hombre.

Respecto los talentos excepcionales y los genios, sea en el bien como en el mal, lejos de constituir el verdadero ejército del progreso ó de la regresión, ni siquiera son sus jefes; todo lo más son sus exploradores, y, á menudo ¡ay! los centinelas perdidos ó cobardemente sacrificados. El psiquismo colectivo que se desprende del conjunto del grupo social obra sobre ellos con una fuerza particular: efectúan descubrimientos científicos, sacan del saber las bellas síntesis religiosas y las sublimes filosofías, revisten con las formas espléndidas del arte las verdades duramente adquiridas, sacrifi-



can sin titubear en la acción y á la idea que se apodera de ellos y les atormenta todos los bienes que el vulgo estima y aprecia por encima de todo; pero en definitiva nada son y nada pueden—ni siquiera transmitir á las generaciones futuras la antorcha vacilante que tienen en las manos—sin el apoyo, sin el consentimiento, sin el eco, por pasivo, por tácito, por reducido que sea, de la entera sociedad. Son los buenos sembradores, sí; pero la semilla que arrojan á los cuatro vientos la han tomado de la tierra fecunda y únicamente la fecunda tierra podrá hacerla germinar, podrá hacerla crecer, podrá sacar la nueva semilla que servirá para sus sucesores.

En suma y para terminar estas páginas sin duda demasiado extensas. Nada hay aún tan precioso como el saber, porque saber es poder.

Y poder (sinónimo estricto del deber) es tener el *derecho*, simple medida social,

pura expresión de la fuerza. Y tener el *derecho* es ser *libre*. La libertad, sueño constante del individuo, es una cruel quimera mientras se la considere como algo separado, distinto de la ciencia. Es la planta delicada entre todas las plantas que no puede soportar que se hiera, siquiera levemente, su raíz.

Marchemos hacia la libertad, hermanos míos; es decir, avancemos en saber. La libertad es la razón social, el nombre más bello de la ciencia.

Y aprendamos, por de pronto, que únicamente la sociología, la ética — la moral que las religiones y las filosofías más antiguas presintieron de un modo vago é incompleto, como presintieron tantas otras cosas, — que únicamente el saber social, repito, nos enseñará á amarnos *bien* unos á otros; el amor al prójimo que se llama psiquismo colectivo ó altruismo y que es el verdadero objeto de la sociología...

De *Les Fondements de l'Ethique*. — Editor Félix Alcan, París, — lección dada en el «Institut des Hautes Etudes de l'Université Nouvelle de Bruselas», 1898.

**Clemencia Jacquinot**

## La evolución del clan patriarcal

A través de sus formas aparentemente diversas hasta el infinito, bajo la influencia de las circunstancias que presidieron su nacimiento, las primeras sociedades humanas pueden reducirse á dos tipos que han tenido una suerte bien opuesta.

Uno de estos tipos es el clan comunista, el otro es el clan patriarcal.

Del clan comunista á duras penas si sabemos algo de sus comienzos, y si nos es permitido juzgar el valor social de su evolución regular — si esta hubiese podido realizarse — por los bienhechores efectos de su acción educadora sobre los hombres; si le debemos todos nuestros sentimientos altruistas, la adquisición de la palabra y todos los progresos que

el uso de su libre iniciativa ha hecho efectuar á la humanidad en su infancia, contando en primera línea esta imperiosa necesidad de solidaridad que unía á todos los miembros de la tribu, sin temeridad podemos emitir la opinión que el clan comunista era la verdadera forma social que estaba en perfecta conformidad con la naturaleza y que su desarrollo y su extensión hubiera dado resultados excelentes.

Pero como el clan comunista ha desaparecido de la historia, no nos es posible salirnos del dominio de las conjeturas en todo lo que le concierne.

No ocurre lo mismo con el clan patriarcal que es posterior al clan comu-



nista y cuyas fases todas podemos seguir paso á paso, desde su origen hasta su apogeo y su decadencia, y cuyo ciclo se ha reproducido varias veces en el curso de la historia.

Proponémosnos hoy estudiar este clan patriarcal.

Para que nuestras investigaciones y observaciones puedan estar fundadas lo mejor posible, lo estudiaremos en un pueblo donde su influencia ha sido completa y donde ha podido efectuar toda su evolución. Este pueblo es el Romano.

El primer fenómeno que notamos en la historia de los Romanos, es la formación de la «gens,» es decir, del régimen familiar extendido á toda una tribu.

«Las más antiguas tradiciones de Roma presentan al pueblo dividido en tres tribus. La tribu se dividía en diez curias y la curia en diez decurias; y estas divisiones, que eran también demarcaciones ó distritos territoriales y militares, tenían sus jefes llamados tribunos, curiones y decuriones.»

«En cada tribu había encerrada cierto número de familias políticas ó gentes, las cuales no se componían solamente de hombres de la misma sangre, sino también de hombres ligados entre sí por mutuas obligaciones, por el culto de un héroe venerado como ascendiente común y por el derecho de heredarse unos á otros, á falta de testamento ó de herederos naturales; derecho que recuerda que en el origen la propiedad había sido común.»

«Así la gens envolvía á todos los miembros con un vínculo de parentesco real ó ficticio. La curia era esta misma familia agrandada, y la tribu era otra familia más completa.»

«Los miembros de una gente se dividían en dos clases: los que pertenecían á ella por el derecho de la sangre y los que estaban asociados por ciertas relaciones.»

«Los primeros, patronos ó patricios, eran el pueblo soberano, á quien todo pertenecía y que tuvo los dos grandes signos exteriores de la nobleza; los nombres de familia y los escudos de armas.»

«La segunda clase de los miembros de la gens comprendía á los extranjeros domiciliados en la ciudad, á los vendidos trasladados á Roma, á los antiguos habitantes del territorio, á los pobres, los libertos, á todos aquellos, en fin, que habían preferido al aislamiento y á una libertad precaria ó sin garantías, la dependencia de los grandes y fuertes, pero también su protección: estos eran los clientes, que pudiéramos llamar los vasallos.»

«El patricio ó patrono, palabras sinónimas entonces, arrendaba una tierra á su cliente, ó á falta de tierra dábale una «sportula,» es decir alimentos; debía velar por todos sus intereses, seguir sus pleitos, asistirle en justicia, hacer, en una palabra, por él, lo que el padre hace por sus hijos, lo que el patrono por sus libertos. La ley no aseguraba al cliente ningún recurso contra su patrono; pero la religión consagraba el patrono á los dioses, si hacía agravio al que necesariamente debía proteger. El cliente por su parte tomaba el nombre de familia de su patrono y al morir recibía asilo en su sepulcro; le ayudaba á pagar su rescate, sus multas, sus gastos en litigio, la dote de sus hijas, y todo lo necesario para llenar sus funciones y sostener la «dignidad» de su clase. Estábanles recíprocamente prohibido citarse en justicia, atestiguar y votar uno contra otro, y hubiera sido un crimen de parte del cliente sostener un partido contrario á su patrono.»

«La clientela era, pues, una disminución considerable de la libertad del cliente, y para él una semi-servidumbre. Tal fué efectivamente en los antiguos



»tiempos la fuerza de este lazo que, si el »patrono era desterrado, ó si él mismo »abandonaba la patria, los clientes le »segufan en tierra extranjera.» (1)

Detengámonos por un momento al llegar aquí y examinemos los hechos que acabamos de citar.

Por de pronto, el origen de la «familia» es la veneración de un héroe común. Quien dice héroe, dice guerrero, y, por consiguiente, la «gens» es una asociación fundada en la guerra, tiene por base el derecho del más fuerte. Es una familia ficticia en la que el mayor número de miembros se inclina y se anula ante la gloria de las armas de un jefe y de sus descendientes.

Bien diferente es la tribu natural en la que todos los miembros, unidos por los lazos de la sangre ó de la amistad, eran iguales en derechos y en deberes, en la que cada miembro velaba por el bien de todos y en la que todos se unían para la protección á uno solo.

Fundado en la guerra y la rapiña, el clan patriarcal era asiento de luchas intestinas; en él, se desarrollaba el espíritu de acaparación, y de ahí la necesidad de leyes, de tribunales, etc., para mantener una paz aparente, pues numerosos eran los litigios que se producían. Es la inevitable consecuencia de la desigual repartición de la tierra y de sus bienes.

Pero veamos como se repartía esta tierra. El patricio ó patrono era detentador del terreno cuyas parcelas alquilaba á sus clientes, es decir, que habiendo conquistado en común el terreno, al precio de la sangre de todos, reconociéndose, sin embargo, la mayoría inapta para poseerlo, se colocaba bajo la tutela de un jefe que percibía un alquiler por la parte que cedía á cada uno de sus pupilos, ó dicho de otro modo, les vendía su propio bien.

De todos modos estas costumbres hubieran podido ser transitorias y modificarse gradualmente hasta dar lugar á una justicia más exacta, si de este contrato que ligaba los clientes á los patronos no hubiere resultado otro mal peor.

El romano que entraba en la gens perdía, no tan solo su libertad actual, sino hasta su espíritu de iniciativa, es decir, la facultad de saber conducirse por sí mismo, y este estado de inferioridad intelectual, esta perpétua minoridad, esta sumisión absoluta y sin discusión á las ordenes de un jefe hizo desviar todas sus futuras tentativas de mejora.

De notar es, por otra parte, que el Romano, á consecuencia de esta vida de animal sometido á un amo, — tanto si este amo fuese un hombre ó un código de ley—ha carecido siempre de ideal: las revoluciones populares no traspasaron nunca el caracter de reivindicaciones del bienestar material, no sintieron la necesidad de elevarse intelectualmente ni tuvieron ninguna delicadeza de corazón.

El régimen del clan patriarcal tuvo aún por efecto implantar más profundamente que en los primitivos el sentimiento de la religiosidad. El miedo de lo desconocido y á lo incomprendido arrojó á los Romanos atados de pies y manos á todas las supersticiones y el abandono que hicieron de su voluntad en manos de los patricios, los dejó por muchísimo tiempo incapaces de sacudirse el yugo de los fantasmas. El clan patriarcal desarrolló el fanatismo al mismo tiempo que el espíritu de rapiña y de ambición.

Siendo la guerra y la agricultura las dos únicas ocupaciones de los Romanos, las partes más salientes de su carácter, con su ciega sumisión á las leyes, fueron la avaricia y la dureza del corazón. Pero estos vicios no son exclusivos de

(1) Víctor Duruy, *Historia de los romanos*.



este pueblo; los hallamos asimismo en el clan patriarcal de los Galos, de los Germanos, de los Arabes, etc., en todas partes donde los hombres han hecho re-

nuncia de la propia voluntad, aunque en grados diferentes y atenuados ó exaltados por los caracteres fundamentales de las razas.

(Continuará.)

**Joaquín Aymami**

## Fuego en la fábrica

Pedro y Juan eran dos amigos inseparables. De casa á la fábrica, y de la fábrica á casa, compartían hermanados penas y glorias. De ideas sociales y políticas opuestas, uníalos en el fondo, un sentimiento reformador de todo lo anacrónico y egoísta que destruye en los hombres el verdadero sentido de la vida. Tenían idéntico ideal, caminaban á un mismo fin; pero querían conquistarlo por distintos procedimientos y vías contrarias.

Pedro era un muchacho joven, francote, bullicioso; jamás ocultaba lo que pensaba, si bien nunca llegaba á hacer lo que decía. Cuando en la barbería del pueblo le hablaba alguien de los burgueses y de la vida miserable de los obreros, le era imposible fingir, y vertía el odio que á todo guardaba; el saqueo, el incendio, la destrucción total, eran las soluciones que con más energía defendía. Pero al día siguiente volvía á estar al pie del telar, alegre y retozón, como si tal cosa. Juan era un descontento, un escéptico resignado de los que sueñan próximas evoluciones piadosas, á favor de los humildes. Siempre hablaba del altruismo de los de arriba, de leyes nuevas, de compensaciones relativas, que hacían sonreír á su amigo y compañero. Al contrario de éste, él se mostraba partidario de aceptar el curso de los acontecimientos sociales, y sólo cuando le hablaban de su mujer y sus hijos que se estaban muriendo de necesidad en un rincón del pueblo, y le preguntaban si

tenía intención de enviarlos también á la fábrica se atrevía á decir: ¿A la fábrica?... ¡Maldita sea! ¡Ojalá se le prendiese fuego mañana mismo!

Era la hora de recomenzar el trabajo y los obreros se disponían á marchar de casa tras de haber echado su acostumbrada siesta. Juan después de dar un beso á sus pequeños dirigióse al Puente de las Gargantas, donde solía encontrarse con Pedro todos los días, cuando al volver la esquina, ve venir una oleada de hombres y muchachos que corrían gritando desaforadamente:

—¡Muchachos... fuego en la fábrica!... ¡Fuego en la fábrica!...

Todo el mundo salía á los portales; las mujeres aterradas, gemían—¡Dios mío que perdemos el pan!—los hombres tal como se encontraban en aquel momento, corrían á más no poder hacia donde se veía la gran humareda negra y centelleante.

Juan fué uno de los primeros en llegar y ya se disponía á quitarse la blusa para empezar los trabajos de extinción, cuando una mano le aprieta nerviosamente el brazo derecho dejándole parado en seco. Era su amigo Pedro, que después de mirarle de hito en hito, como queriéndole decir—¿Qué te parece?—le dice al oído: Vámonos de aquí, y Juan sin más le sigue.

Caminando, caminando, llegaron á la cima de un montículo desde el cual se dominaba la fábrica. Allí subieron para contemplar el pavoroso espectáculo.



Aquel templo del trabajo que tantas existencias había destruido poco á poco, lentamente, sin estruendo, iba á ser totalmente consumido por el fuego á marchas dobles, y con el estruendo de las astillas que saltaban requemadas. Las llamas se enseñoreaban ya de toda la crujía que veían á su pies, y de las ventanas salían lenguas infernales que amenazaban devorarlo todo; oíase desde muy lejos un chisporroteo ensordecedor, veíanse caer los armazones, y el humo invadía mucha parte del espacio, llegando á tapar la luz del sol.

Juan, que hacía rato que no decía una palabra y á quien el terror tenía inmóvil, con la vista clavada en la inmensa hoguera, se apretaba las sienes con ambas manos y exclamaba con dolor:

—Yo quería verla quemada, compañero; sí, es verdad; pero ¿y mis pobres hijos...? si eso no se salva, ¿qué haremos? di...

Al poco rato, Pedro, que se había quedado solo en lo alto del monte, con una sonrisa de desprecio en los labios, contemplando el desenvolvimiento del devorador elemento, advierte que un hombre hállase sobre el tejado del ala derecha del edificio que es la parte más castigada por el incendio. Con el espíritu en sus-

penso, observa los movimientos de aquel temerario, que se coloca en los lugares de más peligro. Fijándose, vé al fin que aquel hombre era su propio amigo, Juan en persona, que atormentado por el espectro de la miseria había corrido á defender lo que él creía de buena fe que era suyo, y de los suyos: la fábrica.

Abajo, al pie del portal, no se hablaba de otra cosa más que de la muerte de Juan. El pobre muchacho al pasar una baranda, cayó por una claraboya estrellándose contra el zócalo de hierro de una de las máquinas.

Pedro fué el primero en anunciar la terrible nueva á la familia:

—¡Es horrible, muchachos, es horrible!—exclama desde el umbral de la puerta.

Los pequeños jugaban; la madre preparaba la comida para cenar.

—Menos mal, que no tardarán en reedificarla de nuevo, y se trabajará pronto..., respondió la pobre mujer sin pensar mal.

Juan me ha dicho varias veces que lo tenían muy bien asegurado.

—Sí; todo, todo estaba asegurado, menos la vida de un hombre...

—¿Cuál?

—¡El vuestro!

## Recibido:

De la biblioteca de «La Huelga General», de Barcelona: *Declaraciones* de Etiévant, traducción de A. Lorenzo.—De la biblioteca «Juventud Libertaria», de Barcelona: *Primero de Mayo*, boceto dramático de Pedro Gori, traducción de J. Prat.—De la biblioteca de «El Productor», de Barcelona: *Hacia la dicha*, de Sebastián Faure, y *Anarquía y Comunismo*, de Carlos Cafiero, traducidos respectivamente por P. Vallina y L. Bonafulla.—De la biblioteca «Fraternidad» de Gijón: *El Hijo del Herrero*, por R. A. Fernández.

*O Clarão*, de Porto; *La Tronada*, de Granollers; *El Porvenir del Obrero*, de Mahón; *Boletín trimestral de la biblioteca «La Protesta»*, de Buenos Aires; *El Siglo*, de Buenos Aires; *La Lealtad*, de Jaén; *Libre Examen*, revista mensual de Ciencia, Sociología, Arte y Literatura, de París; *O Independente*, de Oporto; *La Opinión Astigitana*, de Ecija; *El Nuevo Ideal*, de Mataró.

De todas las obras que se reciban en la dirección de NATURA se hará la correspondiente crítica.

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJOLAR.—Cortes, 645 (chaflán Bruch).—BARCELONA